

VI. Turismo por bienes de capital

Vamos a quitarnos de resabios y de sentimientos negativos; lo que pasó, pasó. Estados Unidos no nos devolverá lo que nos quitó, y si lo hiciera, no sabríamos qué hacer con tanto territorio. La venganza es como un cuchillo sin mango, lo puede uno usar para herir a otro, pero hace tanto daño con la punta como por donde se sujeta con la mano. En nuestro caso no funciona; y menos con nuestros vecinos, a quienes queremos invitar a visitarnos para que se conviertan en la solución de nuestros problemas. Cuando nos demos cuenta de que nuestra salida está en vender a los norteamericanos todo lo que no tienen o no pueden producir, entrarán a México tantos dólares que, si, podemos y sabemos administrar, servirán para mejorar las condiciones de vida.

Nuevamente, como en Japón, primero se enriquecerá el gobierno, después los políticos (en el caso de que sean corruptos) y los empresarios. ¡Qué bueno!, para que puedan gastar más e inviertan en negocios que les produzcan más dinero y... abran nuevas fuentes de riqueza. El resultado será que el dinero se deslizará de arriba para abajo hasta llegar a la base de la pirámide: los campesinos, quienes con una mejor educación y entrenamiento (pagado por el rico gobierno) y al darse cuenta de que existen modos más cómodos de vida, los adaptarán para crear un mejor ambiente. Esto es, el lema del neoliberalismo, "¡Que vivan los ricos y también los pobres que ahora son burgueses!"

Que los banqueros y los empresarios se enriquezcan todo lo que quieran, con tal de que exporten, paguen sus impuestos y no se lleven

las utilidades a otros países; y que el gobierno tenga tanto dinero y sea tan rico, que no le quede más remedio que gastarlo todo en obras de educación y de beneficio social, para sacar a las clases económicamente débiles del atolladero en donde se encuentra.

Regresando al tema que nos ocupa, ¿qué es lo que vamos a vender a nuestros vecinos que no tengan? Pues miles y miles de artículos que requieren mucha mano de obra y arte, pero, primordialmente, algo que nunca podrán tener en su país: sol, buen clima, playas cálidas, ambiente, tradición y, además el candor, simpatía y amabilidad que sabemos dar cuando queremos.

De sol y playas hablaremos más adelante; ahora mencionaremos algunos aspectos de nuestra naturaleza amable, única en el mundo. Súbase a un elevador en un edificio de varios pisos en donde vayan varios mexicanos; de inmediato detectará un ambiente de amabilidad en pequeños detalles sin importancia, pero muy significativos desde el punto de vista sociocultural. Todo el mundo saluda al entrar, y quien queda cerca del tablero de control se apresura a preguntar a todos a qué piso van, y empieza a oprimir los botones con una sonrisa. Todos dan las gracias y, finalmente, al salir, dirigiéndose a quienes se quedan para continuar con el viaje en el ascensor, dicen: "con permiso", a lo que se les contesta: "pase usted", o bien, "propio". ¿En qué otro país ocurre lo mismo?, en ninguno; otro ejemplo: pregunte, en cualquier lugar, a cualquier persona por un domicilio y recibirá la mayor cantidad de información para llegar a él. La actitud es espontánea, ya que nos "nace" ayudar y ser amables. Si en el periférico alguien lleva entreabierto una puerta del automóvil, los demás automovilistas se apresuran a tocar el claxon para avisarle que corre peligro, para que la cierre. En cualquier accidente, el mexicano se desvive por ayudar; el mejor ejemplo de ello fue el temblor de 1985 en donde, si no hubiera sido por los ciudadanos que se volcaron en las calles para ayudar, quién sabe cuántos se hubieran quedado entre las ruinas. Lo mismo ocurrió en la terrible explosión ocasionada por un derrame de gasolina de PEMEX, en el drenaje de Guadalajara o la

ayuda de todos durante Wilma en Cancún donde miles de personas se ofrecieron para ayudar. Y todo esto es sin el menor interés, puesto que no hay ninguna remuneración de por medio, es simple amabilidad.

Ahora, tratemos de imaginar cómo sería el mexicano, si se le pudiera convencer de que cada turista que llega a México viene no sólo a pasear y a divertirse, sino a solucionar muchos de los problemas de nuestro país, y los de nuestros hijos y nietos. Tendría que explicársele, a través de sencillas campañas publicitarias, cuánto dinero se recibe por concepto de turismo en determinado tiempo, cuánto recibiría él y su familia, y lo que se va a hacer con ese dinero. Si recibiéramos, anualmente, cuarenta mil millones de dólares por concepto de turismo feliz —gracias a su hospitalidad y amabilidad—, a él y a su familia les tocarían más millones de lo que se imaginan. Sin entrar en detalles de cuánto reciben los propietarios de hoteles y de establecimientos turísticos, o prestadores de servicios y sus empleados, estas cantidades de dinero se deslizarían por la pirámide económica hasta llegar a las clases más desamparadas en México, que son nuestros campesinos.

Si partimos de la base de que son diez millones de jefes de familia quienes controlan los cincuenta millones de campesinos —cada uno con su esposa y tres hijos— llegamos a la conclusión de que a cada familia le va a tocar, en forma indirecta, dos mil dólares anuales. Esta cantidad, acumulada en forma de bienes de capital —equipo, maquinaria y materia prima para la producción agrícola—, va a desencadenar una enorme fuerza económica; es decir, una espiral de flujo positivo que permitiría a México convertirse en exportador de granos y oleaginosos y de productos manufacturados, que por años se han tenido que importar.

Los cuarenta mil millones de dólares generados por la industria de la hospitalidad acarrearían otros diez mil millones por concepto de exportación, lo cual significaría una gran utilidad extra. Además, al

adquirir con este dinero bienes de capital, se podrían otorgar créditos para abrir changarros o lugares de pequeña industria y manufacturar productos que involucraran mucha mano de obra, famosa en el mundo, para competir con ventaja con los demás países. Podríamos además exportar televisores o coches con tecnología ajena, buena calidad y buen precio, gracias a nuestra mano de obra barata, para sufragar los gastos, y exportaríamos flores, frutas, hortalizas, cerámica, instrumentos de precisión, cerveza, artesanías, cemento, productos de acero, y otros productos del campo y una gran variedad de artículos en los cuales no tengamos competencia.

Nuestro superávit podría llegar a más de cien mil millones de dólares anuales, como es el caso de China, y esta podría ser la cifra clave. Una vez convencido de que el dinero que se recibe de cada turista viene a dar a los propios bolsillos, tendría un interés personal, por lo que el trato al turista sería extraordinario.

En veinte años —un abrir y cerrar de ojos en la vida de un país—, tendríamos una abundancia de divisas como China y Japón, y el pueblo mexicano tendría una casa decente, con todas las comodidades: baño propio, recámaras separadas para padres e hijos, como cualquier país primermundista, y con servicios de lujo como coche, lavadora y televisor. Y tendríamos dinero para costear la educación de nuestros hijos. Lo que puede sacarnos de pobres es vender lo que menos nos cuesta y no se gasta: sol, clima y playas; es decir, lo que más quieren quienes tienen el dinero que necesitamos para progresar. Lo único que tenemos que hacer todos es estar convencidos de la necesidad de tratar bien a los turistas y abandonar nuestro viejo hábito de que con crédito externo vamos a crecer. Esto únicamente nos hunde.

VI.1. Honradez por convicción

Convencer a cuarenta millones de turistas de que vengan y gasten, cada uno, de quinientos a mil dólares, y de que se queden ocho o diez

días. Se dice fácil pero no lo es. Para lograrlo tenemos que cambiar nuestra forma de ser en relación con los turistas que nos visitan. Es verdad que nuestro país es extraordinario, pero nosotros, sus dueños, no lo somos tanto. Si analizamos a fondo nuestra situación, vemos grandes problemas de educación, higiene, honradez y, aunque nos duela reconocerlo, tenemos que aceptar como cierto lo que se dice de nosotros: somos un pueblo mal educado, sucio y deshonesto. Ya desde principio de siglo, Vasconcelos decía que lo que le falta a México es alfabeto, pan y jabón.

No tenemos la culpa de estar mal educados: somos tantos, que el presupuesto no alcanza. A pesar de todo, el gobierno siempre ha brindado educación gratuita al pueblo, cuando menos en lo que a escuela primaria se refiere, aunque se necesitan muchos años para lograr que la totalidad o, cuando menos, una gran mayoría de los niños cursen hasta el tercer año de secundaria. Si el noventa por ciento de la población de México tuviera una educación de nivel superior, de preparatoria hacia arriba, como es el caso de los países primermundistas, no tendríamos los problemas por los que actualmente atravesamos. Esta labor de educación fue emprendida por el gobierno desde que se inicio la era postrevolucionaria en 1929 con el Gral. Calles, el más grande estadista que ha tenido México y a quien no se le ha reconocido lo suficiente, porque la historia es muy ingrata, si no, que le pregunten al fantasma de Agustín de Iturbide, que todavía anda rondando por nuestra ciudad, tratando de encontrar un sitio en dónde colocar una escultura o una placa que lo recuerde como el verdadero y único consolidador de la independencia de México. Esta labor, decíamos, es muy loable, pero totalmente ineficiente, no tanto por falta de métodos adecuados pero sí por falta de presupuesto. El problema estriba en que, como a muchos de nosotros no nos alcanza para comer, abandonamos la escuela en los primeros años para conseguir un trabajo de albañil o de peón. Aun siendo así, podemos ayudar al turista y servirlo con una sonrisa; brindarle un esmerado servicio y cortesía, bien se trate de una recamarera, mesero o despachador de

una gasolinera; podemos entablar una corta pero interesante conversación, ya sea en español o en un inglés rudimentario; y demostrarle interés por saber de dónde viene, cómo se llama, cómo le ha ido en sus vacaciones.

Tenemos que cambiar el comentario general de que, antes de brindar un servicio, primero vemos la manera de estafar; convencernos de que los turistas no son tontos. Siempre hemos creído que los gringos (güeros, *WASPS*, norteamericanos, canadienses, etc.) son despiadados, poco listos y desmemoriados. Pensamos que son muy ingenuos y fáciles de engañar, que los podemos estafar sin que se den cuenta de nada. Además, existe la idea generalizada de que sus mujeres son superficiales y de cascos ligeros. Nada más lejos de la verdad; el turista promedio es un individuo trabajador, con un ingreso y grado de cultura e inteligencia regular, que pudo ahorrar casi quinientos dólares para venir de vacaciones; las mujeres son amables, curiosas y, por lo general, simpáticas para el gusto mexicano, lo cual no debemos confundir con coquetería o deseos de seducir a los latinos. Cuando van a comprar artesanías u objetos de playa, ya saben que en México hay que regatear, porque no podemos ofrecer un artículo o producto sin antes subirle el precio inicial al doble, para después rebajarle un poco. Si nuestros precios fueran fijos, con una razonable utilidad, todo el mundo se acostumbraría a no regatear.

Tenemos también otros vicios: el clásico truco de los meseros de subir los precios en la minuta, o de sumar de más en la cuenta. O el del empleado de la gasolinera que se apoya sobre el marcador de los litros para agregar varios miles de pesos más; como ya borró la cuenta, no se puede demostrar nada; piensa que, como es turista, es muy tonto y no se va a dar cuenta, y lo hace constantemente sabiendo que, si lo pescan, pide disculpas y... no pasa nada. El turista, para no hacer corajes, paga y se retira. Cuando regresa a su casa, no hace más que comentar que todo México es un *rip off*, o como decimos en buen romance mexicano, que somos "retetransas". Si el vendedor de artesanías, el mesero o el operador de la bomba de gasolina hicieran

cálculos del daño que hacen, no sólo a la industria turística, sino a todo el país en general, y a él mismo y a su familia y sus hijos en lo particular, entonces no lo intentarían.

Es cuestión de educación, pero no de la que se aprende en la primaria o secundaria; es principio de educación elemental diferenciar lo que nos afectará en un futuro no muy lejano, y saber que, si hacemos las cosas bien, los beneficios vendrán antes de imaginarlos. Si somos un pueblo educado y servicial en todos los aspectos de la vida, ¿por qué no podemos serlo con los visitantes, que tantos beneficios nos reportan? Así como las grandes campañas del gobierno para convencernos de que con solidaridad y esfuerzo conjunto vamos a mejorar nuestras condiciones de vida, así también deberían iniciarse campañas para convencernos de tratar bien a los turistas y darles lo mejor que tenemos en todos los aspectos. ¿No podríamos ser como el indito del libro "Canasta de cuentos mexicanos"? Trataba con amabilidad increíble a los turistas que querían comprarle toda su producción de artesanías, y con la misma gran cortesía rechazó el pedido, y los dólares, pues no podía surtirles tal cantidad; les explicó que, si hacía muchas piezas, no podía poner todo su corazón en cada una de ellas. En la realidad, somos como el empleado de la gasolinera (en otro cuento del mismo libro) que, cuando observa caer un billete de cien dólares de la cartera de un turista, lo cubre con el zapato para después robárselo, con gran decepción de su hijo, quien observa la maniobra deshonestas.

El mejor ejemplo de cómo no deben hacerse las cosas es el de Ixtapa Zihuatanejo. Este hermoso lugar, casi un paraíso, fue ideado por Echeverría para competir con el Acapulco de Miguel Alemán y FONATUR planeaba atraer un 55 por ciento de turismo extranjero y 45 por ciento de turismo nacional, con una gran publicidad internacional. Al principio, gracias a intensas campañas y promociones, llegaron muchos grupos turísticos de Estados Unidos y Canadá. Los nativos se dedicaron a saquearlos; desde el taxista hasta el *bell boy*, pasando por el lancharo, el *caddy* o el *ball boy* de las canchas de tenis.

Las actividades, como no fuera estar en la alberca o ir a un restaurante, eran carísimas, con precios exorbitantes, más allá de las posibilidades de los turistas que vienen con presupuesto limitado para diversiones. El resultado: los turistas extranjeros ya casi no vienen a Ixtapa, y del porcentaje de ocupación planeado sólo se ha cumplido con el nacional; el resto es desocupación casi todo el año. El gobierno ya no sabe qué hacer para levantar, turísticamente hablando, a Ixtapa.

Tenemos, insisto, que cambiar de raíz en los hogares, escuelas, comercios, parques de diversión, hoteles, restaurantes, playas...y en todo aquello que involucre un servicio turístico. El mexicano es muy nacionalista; prueba de ello son las ocasiones en que se intensifica la vibración nacional, como por ejemplo, los mundiales de fútbol celebrados en México: todos nos sentimos orgullosamente mexicanos y lo expresamos de diversas maneras; hasta la más humilde ama de casa, a veces sin saber nada de fútbol, grita y desborda entusiasmo al saber que México le ganó a algún país europeo. Debemos explotar este profundo sentimiento de querer salir adelante, victoriosos en nuestro empeño de ser los mejores. Debemos, a través de grandes campañas de publicidad, encaminar y orientar este espíritu para convertir a México en el país campeón del mundo en ingreso turístico, ganándole a España y Estados Unidos.

VI.2. Educación por conveniencia

Para ganar la copa mundial de turismo es necesario hacer cosas que pueden parecer inverosímiles y superficiales pero que, a la larga, nos llevarán al camino de salida: Anteponer los intereses de quien puede, por el hecho de tener dinero, venir desde lejos a visitarnos para divertirse, y convencernos de que su seguridad y diversión están por encima de nosotros. Interesarnos por alguien que no conocemos, de quien ni siquiera sabemos de dónde viene ni qué hace, sólo porque viene a visitarnos, a gozar de nuestras playas, lugares y vistas maravillosas. Sí, puede ser inverosímil y superficial, pero es vital para el turismo y,

por lo tanto, para México. Hablamos de educación, y no podemos esperar obtenerla de la escuela o del ejemplo de nuestros padres; nosotros mismos tenemos que autoimpartírnosla por convencimiento propio, porque no somos tan tontos como para no saber qué es lo que nos conviene. La educación es como un círculo virtuoso: se inicia sólo Dios sabe cómo y crea a su alrededor complejos mecanismos que, a su vez, se convierten en generadores de cultura, conocimientos, experiencia y clase que, a la larga, resuelve todo el problema. Es una curiosa relación de causa-efecto, en donde ya no se sabe si la causa es origen del efecto, o bien si el efecto crea tanta causa que resuelve el problema de principio a fin. Es como un torbellino o un tornado que, dando vueltas sobre sí mismo, arrastra consigo todo y lo eleva a alturas insospechadas. Con educación, y los buenos modales que lleva aparejados, se puede iniciar este círculo virtuoso que colocará a México a la cabeza del campeonato mundial de turismo.

VI.3. Higiene a través de educación

Otro problema grave es el de la higiene. Al percatarnos que, estadísticamente, somos unos mugrosos nos duele mucho tener que admitirlo... Le damos vueltas y vueltas al problema sin encontrar nunca una solución de raíz. Si queremos triunfar en turismo, primero tenemos que cambiar nuestros arraigados malos hábitos de limpieza. Como dice el viejo refrán: no lo hurtamos sino que lo heredamos: nuestros antepasados, los españoles y los indígenas, no eran muy limpios que digamos. Durante la época de la conquista, según crónicas de los habitantes de estas tierras, a las cuales por un error de nomenclatura se les denomina América, los españoles no se bañaban y, para colmo de males, cuando hacían abluciones las realizaban frotándose el cuerpo con un trapo empapado en aceite de oliva que se volvía rancio al contacto con el oxígeno y la temperatura de la piel; por si fuera poco, usaban armaduras que aislaban no sólo el calor, sino que impedían la libre circulación del aire, con lo que el aceite se fermentaba y pudría, despidiendo olores muy desagradables.

Eran varias las razones por las cuales los españoles eran poco adeptos al baño y a la higiene personal. La primera de ellas es que, al ser un pueblo primordialmente católico, esta religión consideraba inmoral exponer el cuerpo a la desnudez en el momento del baño, para evitar pensamientos impúdicos. La segunda y más importante: después de ochocientos años de dominación árabe, los españoles no dejaban de observar que, de acuerdo con las normas y preceptos del Corán, el árabe debía bañarse constantemente; por lo tanto, si los infieles lo hacían entonces ellos, los españoles católicos, por consecuencia lógica no deberían hacerlo. Cuenta la historia que la reina Isabel primera de Castilla, llamada la Católica, únicamente se bañó dos veces en su vida: al ser bautizada, y cuando se casó con Fernando V de Aragón. Si así eran los nobles, probablemente los del pueblo no se bañaban jamás.

Ahora bien, en lo que respecta a los aztecas, a pesar de tener tanta superficie de agua en las lagunas de los alrededores, no existe en las crónicas de fray Bernardino de Sahagún, de Bernal Díaz del Castillo, Fernando Alba Ixtlixochitl o de Hernán Cortés ninguna referencia que mencione que fueran muy aficionados al baño, aunque sí sabemos que a los jóvenes aprendices de sacerdotes se les obligaba, como penitencia, a nadar por las noches en una laguna; es decir, el baño representaba un castigo. En las pequeñas aldeas en donde existían ríos o arroyos, los habitantes prehispánicos tenían la costumbre, principalmente las mujeres, de bañarse una o dos veces al día para refrescarse, lo que los españoles veían con gran extrañeza. Pero en las grandes urbes como Tenochtitlán, Texcoco y otras, las cosas no eran así; casi nunca se bañaban. Sólo contaban con un sistema de limpieza, que existe hasta la fecha, denominado temazcal, que no resolvía el problema de higiene. Consiste en una pequeña gruta en donde se introducen piedras muy calientes para generar alta temperatura interior. Una o varias personas entraban por una pequeña puerta al nivel del suelo y se quedaban varias horas para sudar, pensando que esto los limpiaba. Nada más alejado de la verdad, pues el sudor, al salir

por los poros, elimina impurezas del interior del cuerpo, pero éstas se quedan en la epidermis y, por lo tanto, si no se observa la costumbre de bañarse con agua fría después del vapor, de nada sirve.

El temazcal era utilizado únicamente por los señores ricos y poderosos, los miembros de las clases inferiores, no tenían acceso a este lujo. Podemos decir entonces, sin temor a equivocarnos, que nuestros antepasados, tanto españoles como indígenas, sólo se aseaban una vez a la semana: unos con aceite de oliva y otros con vapor. La tradición del baño semanal o quincenal se ha heredado hasta nuestros días, sólo que ahora, en lugar de acudir los sábados a un temazcal, van al vapor que, cuando menos en la ciudad de México, es una gran fuente de contaminación ambiental, ya que ahí se quema el peor de los combustibles; o bien, en los hogares pobres, se utilizan bolsitas de aserrín con aceite quemado.

No era la higiene personal el único problema; también los hubo en relación con otros hábitos de limpieza que persisten hasta la fecha. En las casas de la gente de escasos recursos se puede ver desorden y suciedad: los patios y las azoteas son un reflejo de las casas de nuestros antepasados: llenos de basura que no se ha recolectado para entregarla a los servicios de limpieza; los pisos de tierra compactada por el uso dan un aspecto de abandono, cuando que, con un poco de trabajo de los miembros de la familia, se podría plantar pasto, o bien, árboles que dieran sombra. Las azoteas tienen siempre una colección de objetos variados: llantas viejas (para detener los techos de cartón), cacerolas, implementos, herramientas viejas y, principalmente, botellas vacías ensartados en las puntas de las varillas de la construcción del primer piso que se quedaron apuntando al cielo como pidiendo clemencia o esperando la construcción del segundo piso, para cumplir con su propósito original.

La regla siempre tiene excepciones; podemos decir que existen casitas muy pobres pero muy limpias y muy ordenadas, lo que demuestra que sí se pueden hacer las cosas con higiene y que hace-

mos bien al apuntar nuestros defectos, no con el afán de criticar para resaltar lo malo, sino con el deseo de llamar la atención para despertar del letargo y cambiar para progresar.

Por falta de presupuesto y exceso de población de los miembros activos de la familia, la casa habitación del mexicano promedio sólo cuenta con un cuarto que es, a la vez, comedor y cocina, y otro cuarto para dormir en donde toda la familia se amontona, creando graves problemas de hacinamiento y convivencia inmoral —cuyos efectos no vamos a discutir aquí—. El mexicano es desaseado más por carencia de recursos que por naturaleza; así lo prueba la gente que, a base de trabajo y esfuerzo ha alcanzado mejores niveles de ingresos y de educación, abandonando de inmediato los vicios de origen para transformarse en personas de gustos refinados, con hábitos de limpieza e higiene inmejorables.